

Abdón Sánchez Castillo

**LA CONSPIRACION DE LOS ELEGIDOS
A UN PASO DE LA INMORTALIDAD**

ABDÓN SÁNCHEZ CASTILLO

La Conspiración de los elegidos

Agradecimientos a mi esposa Sandra, por su apoyo permanente; a mi hijo Juan Diego, por su contagioso entusiasmo; a mi hijo Alejandro por el tiempo que no pude dedicarle; y a mis amigos en San Gil, quienes sin saberlo, con sus vivencias contribuyeron a esta obra.

Dos leyes contrarias parecen estar en lucha. Una es una ley de sangre y muerte que imagina sin cesar nuevos medios de destrucción y obliga a las naciones a estar siempre preparadas para el campo de batalla. La otra es una ley de paz, de trabajo y de salud, que desarrolla constantemente nuevos medios para librar al hombre de los males que lo asedian.

Luis Pasteur

La Conspiración de los elegidos

*Mabus pronto morirá, aquí empezará
un horrible destino para bestias y gentes:
Para quien la busca, la venganza llegará,
cien, sed y hambre cuando el cometa pase.*

Profecía de Nostradamus Centuria 2 Cuarteta 62

Capítulo I

EL SALTO EVOLUTIVO, AZAR O PLANEAMIENTO DIVINO

En un lujoso cuarto de hotel, en Cartagena de Indias, Alberto Sarmiento miraba absorto las noticias en un canal de televisión internacional, cómodamente acostado en una cama doble de diseño moderno y generoso espacio.

De complexión delgada, mediana estatura, tez blanca, ojos y cabello negros, Alberto lucía vital y activo.

—Mi amor, creo que es hora de que te vayas preparando, porque hoy sí quiero que salgamos temprano a la playa y luego me invites a almorzar a un magnífico restaurante, el que queda en la Plaza Santo Domingo, según dicen es lo mejor en comida de mar —susurró una mujer con rasgos finos y tez blanca, que lo miraba con ojos seductores, tratando de llamar su atención.

Alberto apenas parecía notar la presencia de Sofía; pero asintió con la cabeza al tiempo que extendía la palma de la mano pidiendo un compás de silencio y seguía mirando la televisión. Un periodista entrevistaba a un científico de la NASA acerca de un evento astronómico muy especial que estaba en proceso; parecía ser la noticia del momento:

—Hoy, 4 de noviembre de 1997, es un día muy especial para los astrónomos y científicos de todo el mundo, expectantes ante un evento solar que puede ocurrir en cualquier momento. Tenemos con nosotros al Dr. Phill Andreus, quien nos explicará detalles acerca de este extraordinario fenómeno —dijo con voz plana y sin ningún asomo de sorpresa el reportero, por cuyo tono parecía no interesarle del todo este tipo de noticias.

El científico entrevistado, de aspecto desaliñado, llevaba unas gruesas gafas que apenas permitían ver sus pequeños ojos:

—La verdad, estamos muy entusiasmados con un fenómeno muy especial: una tormenta solar de protones jamás antes vista —explicó—. Las tormentas de protones comienzan con una explosión normalmente encima de una mancha solar. Las manchas solares son regiones donde fuertes campos magnéticos atraviesan la superficie del sol. Por razones aún desconocidas, estos campos pueden volverse inestables y explotar, liberando una cantidad de energía equivalente a diez millones de bombas de hidrógeno. Las tormentas de protones son temidas por los astronautas porque tienen un poder destructivo aterrador, ya que por su gran velocidad pueden atravesar las naves y los trajes espaciales y dañar los tejidos del cuerpo. Si un astronauta es sorprendido por una tormenta de protones sin la debida protección, las consecuencias pueden ser fatales. Además —prosiguió el astrónomo—, las tormentas solares no solamente traen problemas a

los astronautas, también pueden causar daños en las comunicaciones y en las redes de transporte de energía y en otros equipos eléctricos y electrónicos. La Tierra puede ser embestida por radiaciones (incluidas ondas de radio, rayos X y rayos gamma) y por partículas cargadas luego de una fulguración solar. A pesar de que la mayoría de las partículas es desviada por el campo magnético terrestre, algunas pueden penetrar la atmósfera, especialmente en áreas donde ésta tenga huecos o la capa de ozono sea muy delgada. Recomendamos no exponerse al sol en estos días, ya que las radiaciones ultravioletas emitidas por estas explosiones pueden causar problemas en la piel; esto no sería preocupante si no estuviéramos ante una tormenta de la magnitud que parece tener la que nos ocupa el día de la fecha. Según cálculos preliminares, será tres veces mayor a la registrada en el año 1987, recordada por haber provocado el daño de transformadores de energía y un apagón masivo en Canadá.

El astrónomo pareció reconocer el tono alarmista que le había dado a la noticia y quiso hacer precisión sobre el alcance de sus explicaciones:

—Bueno, a decir verdad, los únicos que tienen que preocuparse son las empresas de comunicaciones y de energía, porque afortunadamente a los humanos de este planeta nos protege nuestra atmósfera.

Alberto recordó algo que había leído días antes en una revista científica acerca de los huecos de ozono y la posibilidad de que existiesen no sólo en los polos, sino también en la zona cercana a la línea ecuatorial, a causa del importante intercambio de masas entre la troposfera y la estratosfera en estas zonas debido en parte a las erupciones de volcanes y quema de biomasa.

—Corazón, ¿qué hay que hacer para ganar tu atención? —dijo Sofía deslizándose por la espalda de Alberto y rozándolo con su torso semidesnudo, al tiempo que con sus brazos le acariciaba el pecho; luego le susurró al oído palabras cargadas de sensualidad.

Alberto volvió a recordar que era su luna de miel y que tenía que dejar de pensar en cosas relacionadas con su trabajo o la ciencia. Sofía soltó suavemente el cordón de su bata rosa y con un delicado movimiento de hombros la dejó deslizar hasta su cintura, dejando ver sus bien formados senos.

—Cuán afortunado soy de tener el amor de una mujer tan bella como tú —susurró Alberto, correspondido de inmediato con un apasionado beso.

Mirando hacia el techo, exhausto y sudoroso, recordó la forma como había conocido a Sofía Fernández en la UIS de Bucaramanga Santander, cinco años atrás, cuando él cursaba el séptimo semestre de Ingeniería eléctrica y Física pura. Aquel día, paradójicamente, fue uno de los más estresantes de su vida. Se había enterado mediante una llamada telefónica del delicado estado de salud de su padre, quien vivía junto a su madre y sus hermanos en San Gil, ciudad turística de

45 mil habitantes ubicada a 96 kilómetros de Bucaramanga, capital de Departamento de Santander. Se requería con urgencia conseguir una medicina especial y costosa para intentar salvar su vida, ya que la entidad prestadora de salud a la que estaba afiliado no cubría este tipo de tratamientos y medicinas. El costo de la medicación, según su madre, era de 150 mil pesos, cifra que para él significaba toda una fortuna. Aquel día había sentido esa desagradable sensación de impotencia que produce un obstáculo infranqueable.

Por ser demasiado tímido, Alberto no era muy popular en la universidad; su círculo de amigos cercanos se limitaba a sus compañeros de las residencias universitarias que tenían el mismo factor común: pobreza franciscana.

Luego de empeñar una calculadora programable —su única pertenencia de valor—por la cual apenas le prestaron 15 mil pesos, Alberto fue a hablar con la directora de Bienestar Universitario, persona para él muy importante y que en más de una oportunidad lo había sacado de apuros. Tenía la esperanza de que la universidad contara con algún fondo especial para este tipo de casos; pero una vez más comprobó que las universidades públicas tienen problemas financieros peores que los de cualquier persona en este país.

—Lo siento, Alberto, pero no podemos ofrecerte ninguna ayuda, la universidad no tiene presupuesto asignado para este tipo de problemas —precisó la directora de Bienestar Universitario, reflejando pesar en su mirada por la triste situación que afligía el corazón de Alberto—. Pero no pierdas las esperanzas, yo sé quién puede ayudarte, dame un minuto —añadió, tomando el intercomunicador—: Alicia, dile a Sofía que venga un momento —ordenó, y tras colgar, explicó—: Sofía es una estudiante de Medicina de séptimo semestre, en su tiempo libre nos ayuda en temas relacionados con salud y asistencia social para los estudiantes.

Alberto no pudo ocultar su cara de embeleso al ver a esa bella mujer de cabello lacio y largo hasta mitad de la espalda y ojos color miel, que caminaba con una gracia que parecía flotar; pero lo que más atrajo su atención fue la forma en que brillaba su cabello negro azabache y la sensación de suavidad que éste inspiraba.

—Sofía, te presento a Alberto, uno de nuestros mejores estudiantes; está cursando simultáneamente dos carreras: Ingeniería eléctrica y Física pura.

—Mucho gusto, es un placer conocerte —dijo Sofía extendiéndole su delgada mano.

Alberto se levantó torpemente de la silla y apenas atinó a decir:

—El placer es mío.

Mientras la Directora le contaba a Sofía la triste historia de la enfermedad del padre de Alberto y la urgente necesidad de conseguir el dinero para su tratamiento, Sofía miró con atención la extraña figura del joven, cuya apariencia no

se correspondía con el típico personaje con gafas y aspecto desaliñado que ella normalmente relacionaba con los estudiantes puñales. En la universidad llamaban *puñal* al personaje desagradable que se castigaba estudiando mucho más tiempo que los demás y que, por consiguiente, obtenía notas superiores.

—Bueno, Sofía, como sé que eres muy activa y estás familiarizada con los temas de la salud pública, quería preguntarte si sabes qué se puede hacer para ayudar a Alberto.

—¿Cuál es la droga que necesita tu padre? —preguntó ella.

—Tiamina; pero también son necesarios otros medicamentos; los nombres no los recuerdo en este momento, pero sé que se los utiliza en tratamientos para la cirrosis.

—¿Tu padre tiene problemas con el alcohol?

—Sí, por muchos años tomó casi todos los días; y aunque hace más de tres años que dejó el alcohol, le causó graves problemas hepáticos que ahora lo tienen muy enfermo y al borde de la muerte.

—El Instituto de Seguro Social no cubre este tipo de medicamentos, no tiene obligación de suministrarlo; no obstante, hay una alternativa que ha mostrado ser muy efectiva cuando está en peligro la vida del paciente.

Alberto quedó perplejo ante la sorprendente combinación de belleza e inteligencia de Sofía.

—¿Cuál es esa alternativa? —preguntó.

—Interponer una acción de tutela contra el Hospital y la Empresa prestadora de salud. Tengo un amigo que estudia derecho en la Universidad Santo Tomas y que puede ayudarnos a redactarla, yo podría complementarla con información médica pertinente.

—¿Harías eso por mí? Porque yo estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario, cuando tenga el dinero, por supuesto.

—Eso es lo que menos tiene que preocuparte ahora. La entidad promotora de salud tendrá que pagar todo, porque se trata de un derecho fundamental: el derecho a la vida.

Ese mismo día, en la tarde, Sofía llegó a las residencias estudiantiles de la universidad, donde vivía Alberto, con una carpeta llena de papeles y un documento de quince hojas: la acción de tutela donde se pedía proteger el derecho fundamental a la vida del padre de Alberto, basándose en el artículo 11 de la Constitución Política Colombiana.

Esa noche Alberto viajó a San Gil, y por la mañana radicó la acción de tutela en un juzgado. A los tres días, el juez conminó a la EPS a suministrar la droga y hacer el tratamiento necesario para procurar la estabilización del paciente.

Sin embargo, tres años más tarde, su estado de salud recayó nuevamente. Alberto había viajado a San Gil ese fin de semana. Su padre estaba sentado en su

mecedora de madera, mirando hacia el techo. Alberto, cerca de él, sentado en un mueble de la sala.

—Hijo, quiero pedirte perdón por todas las cosas irresponsables que he hecho en mi vida y que de una u otra forma te han afectado a ti y también a tu madre. Yo sé que pude haber sido un mejor padre, pero quizá en muchas ocasiones preferí a mis amigos, los asados, el trago, en fin, tú ya sabes. Pero pese a todo, quiero decirte que el amor que siento por toda mi familia es inmenso y que agradezco todos los días a Dios que me la haya dado, posiblemente sin merecerla.

—Tranquilo, no te pongas sentimental, tú sabes que has sido un buen padre en la medida de tus capacidades; me diste estudio, amor de padre y buen ejemplo, eso es lo más importante.

—No, Alberto, estoy diciéndote la verdad, y por favor no me interrumpas, creo que ya se acerca mi hora y por eso quiero que me escuches con mucha atención; porque tengo algo importante que decirte.

—¿Es algo relacionado con tus deudas? Si es por eso, no te preocupes, de alguna manera las pagaremos...

—Hijo, no se trata de eso, haz caso por una vez en tu vida y sólo concéntrate en escuchar lo que tengo que contarte, ¿de acuerdo?

Alberto asintió.

—Sabes que soy un hombre muy creyente y que siempre he pensado que en este mundo todo ocurre porque hay un plan de alguien superior a nosotros que así lo ha dispuesto. Todos los hechos o eventos, por insignificantes que parezcan, están relacionados unos con otros y tienen una razón de ser. Yo sé que tú no crees en eso y que en este momento estás pensando que tu padre terminó de enloquecer; pero no, hijo, ésta es la verdad y estoy seguro de que más adelante la entenderás mejor que yo, así lo presiento.

El padre de Alberto tomó aire y se frotó la cara intentando encontrar las palabras precisas para expresar sus ideas.

—Hijo, desde hace muchos, muchos años, incluso antes de que nacieras, he tenido un sueño repetitivo y extraño en el que veo a un niño con dos cabezas que sostiene en la mano un artefacto sofisticado. No entiendo qué es, pero sé que significa la destrucción del mundo tal como lo conocemos; él tiene el poder de hacerlo. En la otra mano sostiene una llave con unas inscripciones y letras que no entiendo. Ese niño sólo espera que yo le diga qué hacer.

—Por favor, papá, no digas tonterías, son pesadillas que todos alguna vez tenemos pero que no revisten ninguna importancia, olvídate de eso y más bien relájate y descansa, lo necesitas.

—No, hijo, escúchame por favor. ¿Sabes por qué creo que ese sueño quiere advertirnos de algo importante y, además, que tiene que ver contigo? Porque ese niño tiene tus mismas facciones, y sobre todo tus mismos ojos, la mirada, y ese sueño empecé a tenerlo incluso antes de conocer a tu madre.

La Conspiración de los elegidos

Cuando cumpliste doce años, descubrí que tu cara era similar a la del niño de mi sueño. Desde entonces no he tenido paz tratando de descifrar el mensaje y, la verdad, creo que mi tiempo se terminó y no lo logré. Aun cuando suene a excusa barata de alcohólico incorregible, una de las razones por las que tomé más licor del que debía fue tratar de borrar de mi mente la preocupación de ese sueño y la impotencia de no poder entenderlo, y ante todo, el temor de que algo malo te pueda pasar, eso no me deja tranquilo.

El padre de Alberto hizo un esfuerzo para no llorar, pero no pudo evitar que unas lágrimas se deslizaran por sus mejillas pálidas, ajadas por los años y la enfermedad.

—Te entiendo, papá, y te prometo que voy a tratar de buscar una explicación lógica a ese sueño. Tengo varios amigos médicos y psiquiatras que quizá nos puedan ayudar...

—No, Alberto, aún no me has entendido. No necesito un psicólogo para que me analice, lo que necesito es que me prometas algo y, por favor, júrame que lo harás, sin importar lo que te cueste o tengas que hacer, porque ya no se trata de mí, sino de ti o de tu futura familia, o quizá de algo más importante.

—Dime qué quieres que haga y trataré de complacerte, te lo prometo.

—Si algún día te casas, por favor, no tengas hijos varones; y si quieres tener uno, entonces tómalo en adopción. Pero prométeme que nunca tendrás un hijo varón con tu misma sangre. ¡Prométemelo, hijo, para poder estar en paz! — suplicó el padre de Alberto con voz trémula, tratando de incorporarse de la mecedora.

—Despreocúpate, papá. Todavía no pienso casarme ni tener hijos; primero debo terminar mis estudios. Es más, ni siquiera tengo novia, y así como van las cosas creo que me voy a quedar solterón para toda la vida. Honestamente, mi fuerte no es la seducción, y veo muy difícil que consiga una mujer que me pueda soportar.

—No digas tonterías; todavía eres muy joven y seguramente encontrarás a la mujer que sepa valorar el gran corazón que tienes. Y por eso necesito que me prometas que cumplirás lo que te he pedido.

En el preciso instante en que Alberto pensaba responder afirmativamente la extraña petición de su padre, apareció su madre anunciando que el almuerzo estaba servido:

—¿De qué cosas están ustedes hablando que tienen cara de tragedia? ¿Pasó algo grave? ¿Algo que yo no sepa?

—No, mamá, tranquila; lo que pasa es que papá es medio sentimental y se puso un poco trascendental, pero ya todo está bien, mejor pasemos a la mesa que se nos enfría el almuerzo y yo no soporto la comida fría.

Aquella fue la última oportunidad que padre e hijo tuvieron de hablar a solas. A la madrugada del día siguiente, el padre de Alberto falleció por una úlcera estomacal sangrante que no le dio tiempo de reaccionar. Cuando lograron llevarlo

al hospital era demasiado tarde; no fue posible transfundirlo, las venas estaban tan desvanecidas que las enfermeras no pudieron conectar la intravenosa. Alberto recordaría ese fin de semana y la conversación inconclusa con su padre todos los días de su vida.

A más de 149 millones de kilómetros, en el sol, tenía lugar una impresionante explosión. Una lengua de fuego se extendió fuera del círculo solar por muchos miles de kilómetros, emitiendo una luz blanca, intensa y cegadora, similar a la que se ve cuando explota una bomba atómica o de hidrógeno.

Tal como los científicos lo habían anunciado, millones de protones de alta velocidad, rayos gamma y rayos x fueron emitidos en todas direcciones del espacio, con velocidades de hasta 1.600.000 kilómetros por hora. Algunos de estos elementos tomaron dirección hacia la Tierra, en un viaje que duró treinta minutos. La mayoría se desvió por el campo magnético de la Tierra, pero no todos tuvieron la misma suerte; un grupo de protones rápidos encontró en la atmósfera un pequeño orificio cercano a la zona ecuatorial. Al cabo de fracciones de segundo, estas partículas invisibles estaban estrellándose a gran velocidad contra las aguas del mar Caribe, cerca de la ciudad de Cartagena. Millones de estos protones alcanzaron la playa; algunos se estrellaron contra la arena, otros sobre los cuerpos de los bañistas, destruyendo células y tejidos a nivel microscópico.

El cuerpo de una mujer blanca y delgada que dormitaba en la playa, tendida cuan larga era, fue uno más de los objetivos alcanzados por estas partículas. Cientos de protones le atravesaron la piel, cerca del vientre, tan fácilmente como un cuchillo corta la mantequilla, y llegaron hasta una trompa de Falopio, donde un óvulo maduro era rodeado por millones de espermatozoides. Una gran cantidad de protones y rayos x atravesó el óvulo y golpeó su cadena de ADN, conformada por millones de elementos químicos organizados maravillosamente. Como resultado de este bombardeo, algunos nucleótidos fueron sustituidos y otros destruidos. El código de la vida para la construcción de un ser humano había sido cambiado respecto del diseño original, generando un salto evolutivo, una mutación producto del azar o acaso como resultado de algo más poderoso y desconocido.

Alberto abrió los ojos y buscó a su lado a Sofía. Estaba solo. La luz del sol que entraba en la habitación por la ventana entreabierta era de color rojo intenso, parecía la luz de un reflector de alta potencia.

—Sofía, ¿dónde estas? —gritó Alberto.

Nadie respondió. Se levantó inmediatamente de la cama con el presentimiento de que algo malo estaba ocurriendo y se dirigió a la puerta. Caminó tan rápido, que al cabo de unos segundos alcanzó la playa. Lo sorprendió el cielo, jamás antes lo había visto así, un color rojo intenso cubría todo, incluso las aguas del mar.

Forzó la vista para tratar de distinguir en aquella penumbra diurna la tenue figura que se vislumbraba a lo lejos como un espectro fantasmal. La pesada

bruma apenas permitía ver un pedestal fabricado de un metal brillante y amarillo parecido al oro, con incrustaciones de piedras preciosas verdes y azules que brillaban en la oscuridad. A medida que fue acercándose, pudo notar en el pedestal unos signos que, más que la escritura de un idioma conocido, parecían jeroglíficos.

¿Era una persona lo que veía sobre ese pedestal? Tal vez fuera un niño con ropa oscura, de borde dorado, semejante a una sotana, que le cubría desde la cabeza hasta los tobillos. Estaba de espaldas con los brazos extendidos en forma de cruz; en su mano derecha, delgada y de dedos alargados, sostenía una llave dorada; y en la izquierda, un mecanismo electrónico en forma de lápiz pero mucho más grueso, con unas luces rojas que se prendían y apagaban sincronizadamente en forma circular.

Alberto se acercó sigilosamente al pedestal con la intención de ver la cara de aquel personaje. La pequeña figura pareció notar su presencia y velozmente giró el cuerpo. De aquella ropa oscura emergió un niño deforme con dos cabezas idénticas que hablaban simultáneamente y en forma incomprensible para Alberto. De repente, una de las caras, con ojos negros angelicales que expresaban paz, se transformó en la figura de un monstruo de ojos rojos que escupía fuego y muerte. Alberto quiso gritar y correr, pero no pudo mover un solo músculo ni pronunciar palabra, el pánico invadió todo su cuerpo; jamás había sentido algo así, era la sensación de la muerte envolviéndolo y produciendo un dolor indescriptible e insoportable, como si algo por dentro estuviera tratando de emerger. Luego de unos eternos segundos, pudo finalmente gritar con todas sus fuerzas.

Alberto se despertó gritando, sentado en la cama y bañado en sudor. Afortunadamente había sido una pesadilla, pero qué horrible. Tomó aire y fue al baño a lavarse la cara. Pero su tranquilidad pronto se desvaneció al recordar la última conversación mantenida con su padre, en la que le había descrito la misma pesadilla que él acababa de tener.

“No pienses estupideces, Alberto, es simplemente una broma que te acaba de jugar el inconsciente soñando algo que ya conocías y que precisamente estabas recordando antes de quedarte dormido”, se explicó a sí mismo echando mano de su análisis sistemático y científico.

Cuando algo no puede ser explicado satisfactoriamente por el hombre, ya sea porque no se cuenta con los suficientes conocimientos científicos para interpretarlo, ya sea porque simplemente no se dispone de la información suficiente y debidamente validada para encontrar la explicación, la gente normalmente tiende a seguir el camino más fácil y cómodo, lo cual tiene, con seguridad, raíces genéticas; dejar librada la explicación a fenómenos divinos o religiosos del más allá es el camino de menor dificultad. “Es así como el hombre ha creado la mayoría de los mitos e historias fantásticas para explicar lo que en algún momento de la historia fue inexplicable”, se dijo Alberto en un intento por borrar de su mente aquellas imágenes tan reales que acaba de soñar.

Entonces recordó una clase magistral dictada por él un par de semanas atrás en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, como catedrático invitado

para hablar a los estudiantes de Física acerca de la importancia de las ciencias en la vida del hombre. He aquí la clase:

—Seguramente cuando los aborígenes o el hombre prehistórico trataron de interpretar la luna y el sol y por qué éste aparecía diariamente y nos brindaba calor y luz, ante la necesidad inaplazable de darse una explicación satisfactoria, no tuvieron otra opción que pensar que el sol y la luna eran dioses que nos brindaban la vida y, por tal razón, era necesario orarles y hacerles ofrendas, incluso sacrificando vidas humanas. Para el hombre primitivo era imposible entender que el sol es realmente un enorme reactor nuclear que fusiona átomos de hidrógeno para formar helio y que en ese proceso produce temperaturas de millones de grados centígrados; tampoco el hombre podía saber en aquel tiempo que la superficie del sol es similar a una olla de agua hirviente pero que en vez de agua tiene materia en estado de plasma, circulando desde el interior hacia la superficie y estallando hacia el espacio, y que toda esa poderosa energía la sentimos aquí en nuestro planeta en forma de calor, luz y viento solar, el mismo que forma las auroras en las zonas polares. Explicaciones que nos resultan relativamente sencillas hoy, para el hombre de hace miles de años era simplemente magia —había explicado Alberto—. Hoy en día no creemos que el sol ni la luna sean dioses, pero sin duda tenemos explicaciones mágicas para otros fenómenos que aún no entendemos. Un ejemplo sencillo: cuando un hombre se enamora perdidamente de una mujer de la que no debería enamorarse y su obsesión lo lleva a cometer actos extremos, como el de dejar a su familia y a sus hijos, una de las explicaciones más comunes oídas en el círculo cercano es que seguramente esa mujer le hizo brujería o le dio algún bebedizo, cuando la explicación real puede ser mucho más mundana y humana. La explicación puede ser tan sencilla como ésta: simplemente esa mujer utilizó el arma más antigua de seducción con que la naturaleza ha dotado a las mujeres para asegurar la perpetuidad de la especie: el sexo.

En ese punto, los estudiantes soltaron una estruendosa carcajada, que en cierta forma avergonzó a Alberto.

—Perdón, posiblemente esté exagerando el poder del sexo, cada caso particular tiene una explicación distinta y depende de muchas variables, las cuales no pueden ser explicadas con tanta sencillez. Pero, eso sí, les puedo asegurar que dentro de esa gran variedad de probabilidades, el sexo debe tener un puesto de importancia, porque al fin y al cabo, desde ese punto de vista, los hombres somos bastante predecibles y básicos.

Las risas volvieron pero más discretas esta vez. En ese momento, un estudiante levantó la mano para hacer una pregunta. Alberto le sonrió e hizo una señal de aceptación.

—Profesor, consecuentemente con lo que usted nos ha explicado, ¿es posible que las religiones sean producto de la necesidad del hombre de dar una explicación a la vida y al universo, más que el producto de una realidad

comprobada? Y otra pregunta: ¿usted cree en Dios? —dijo con mirada inteligente y sonrisa sarcástica.

Alberto advirtió que el estudiante le había tendido una trampa filosófica, pero aceptó el reto y respondió con una expresión risueña de complicidad:

—Pienso que las religiones son el producto de hechos reales e históricos combinados con esa necesidad genética que tiene el hombre de explicar lo que no entiende del todo, pero también creo que es la necesidad que siempre ha tenido el ser humano de sentirse protegido y eterno; al fin y al cabo, el hombre ha sido siempre temeroso de la fuerza de la naturaleza y no ha terminado de aceptar y entender la muerte, aún no ha comprendido que el ser humano ya es eterno, pero de una forma diferente, pues en definitiva todos los seres humanos estamos hechos de los mismos componentes y alcanzamos la eternidad a través de nuestros hijos y descendientes. Aun cuando éstos no tengan la misma conciencia o recuerdos, sí tienen nuestra herencia genética. La naturaleza encontró la forma de hacer prácticamente eterna una especie, y es a través de la reproducción sexual, transmitiendo a la descendencia sus características y, además, un mecanismo de mejora continua de las mismas.

Alberto tomó agua y se aclaró la voz para proseguir:

—La naturaleza escogió un sistema perfecto de mejoramiento, que consiste en renovar los individuos a través de la reproducción, permitiendo su adaptación ante los cambios del medio ambiente y renovando los cuerpos viejos y agotados por cuerpos nuevos llenos de energía y ganas de vivir y luchar. Sucede que el hombre todavía no ha logrado entender totalmente esta realidad y aún pretende y sueña que un individuo conserve eternamente su conciencia y sus recuerdos; por lo cual muchas religiones han cifrado sus esperanzas en la resurrección o en la reencarnación y han creado patrones de comportamiento que tienden a alcanzar este objetivo, que de por sí es contrario al plan de eternidad trazado por la naturaleza, la que ha mostrado su efectividad por millones de años.

Nadie intervino. Alberto añadió:

—La reencarnación y la resurrección son ilusiones causadas por el miedo del hombre a morir como individuo y el sueño de alcanzar la vida eterna. Todas las culturas han perseguido ese sueño; los egipcios a través de la momificación de sus reyes e incluso nuestros aborígenes momificando a sus jefes o caciques. El ser humano, aun cuando es la especie dominante en este planeta y en este sistema solar, todavía es presa fácil del miedo, y eso lo demuestra permanentemente cuando hace guerras o asesina a sus congéneres, o también cuando se aferra a creencias religiosas o explicaciones sobrenaturales para alcanzar la felicidad en el más allá, felicidad que aquí en la tierra, quizá, no pueda adquirir. Respecto de mis creencias personales —dijo por último—, sólo les puedo decir que soy un hombre espiritual, lo cual no significa que pertenezca a una religión particular; creo en el poder de la naturaleza y de la ciencia y, por supuesto,

en el poder de la vida y del ser humano. Como soy un hombre de ciencia, realmente sólo considero verdad lo que se puede probar científicamente; lo que no tenga explicación en el momento, lo considero como evento por estudiar o momentáneamente fuera del alcance de la ciencia, pero que seguramente en el futuro tendrá una explicación científica satisfactoria.

Otro estudiante, ubicado en la primera fila del auditorio, pidió la palabra. Ahora sí se había formado una discusión bizantina. Alberto le cedió la palabra:

—Yo lamento mucho no estar de acuerdo con usted, profesor. Respeto mucho su punto de vista científico, pese a que su filosofía parece ser gnóstica, es decir, ni rechaza ni acoge la existencia de Dios y sólo cree en evidencias científicas, y eso lo entiendo por estar dedicado usted a la tecnología y la ciencia. No obstante, creo que la existencia de Dios no necesita comprobación científica, porque la prueba la tenemos diariamente frente a nosotros, sólo que no la vemos por estar buscándola en el lugar equivocado. Dios está presente en la naturaleza, en una planta, en un animal, en el agua, en los seres humanos, en todas partes, porque no puede haber otra explicación lógica para entender tanta maravilla y perfección; sólo un ser supremo puede haber diseñado un universo y una naturaleza tan perfecta como la que nos sorprende cada día, tanto al hombre común como a científicos como usted.

Terminada la intervención del estudiante, se escucharon algunos tímidos aplausos. Alberto estaba acostumbrado a este tipo de discusiones, y con voz pausada respondió al estudiante, no sin antes tomar un largo trago de agua.

—No saben ustedes la satisfacción que siento al escuchar opiniones como la del joven que acabamos de oír, porque sin importar si estoy de acuerdo o no con su punto de vista, lo más importante es que él cree en sus convicciones y las expone y defiende con argumentos, no con violencia ni con fanatismo. Es el camino correcto para discutir las ideas, la argumentación, y este tipo de escenario es el adecuado para hacerlo. Nunca nos permitamos caer en la trampa de la fuerza o la coacción para defender nuestras ideas, no es necesario, simplemente deben ser expuestas y defendidas con argumentos. Así obra el hombre evolucionado, que tiene una marcada diferencia con sus ancestros, los cuales tenían que aplicar la fuerza para imponer sus ideas o su forma de vida; ahora eso no es necesario, aun cuando algunos hombres o grupos todavía practican esos procedimientos anacrónicos.

Al finalizar su intervención, recibió aplausos de la mayoría de los estudiantes y silencio y miradas de reprobación por parte de un pequeño grupo.

Alberto sacudió la cabeza y volvió a la realidad. Sofía no estaba en la habitación. Se había quedado dormido por más de una hora, quizá ella estuviera en la playa.

La Conspiración de los elegidos

Observó a la distancia su figura delgada tendida en la arena sobre una toalla blanca, en medio de una multitud de turistas.

—Hola, mi amor, ¿acaso no oyes las noticias?

Sofía despertó al oír la voz de Alberto.

—¿Cuáles noticias?

—¿No escuchaste la recomendación televisiva de evitar la exposición directa al sol por el problema de la tormenta solar? —le reprochó Alberto con tono acusatorio y frunciendo el ceño.

—Cariño, ¿de qué recomendación me hablas? Honestamente, no recuerdo haber escuchado nada al respecto; además, estamos en nuestra luna de miel y quiero alejar mi mente de cosas que no estén relacionadas con nosotros. Sólo quiero pensar en ti y en cómo hacerte feliz, ¿me vas a reprender por eso?

Sofía se quitó las gafas oscuras y se puso de pie, mostrando un suave bronceado, especialmente en las piernas y el abdomen. Al ver a Sofía esgrimiendo su mejor arma, una sonrisa, Alberto olvidó por un instante el bronceado de su esposa.

—Vamos, linda, no es buena idea estar expuestos al sol por estos días, si no me quieres creer, entonces créeles a los científicos de la NASA.

—Estoy dispuesta a obedecer sin ningún reproche, siempre y cuando me concedas un deseo —dijo Sofía colgándose del cuello de Alberto.

—Pídeme lo que quieras y tus deseos te serán concedidos, princesa.

—Por ahora sólo dame un beso y luego vemos qué otra cosa se me ocurre —respondió ella, y le dio un beso apasionado.

Alberto se ruborizó e intentó apartarla con suavidad:

—Preciosa, creo que este lugar público no es apropiado para estas escenas, yo...

—Por favor, Alberto, no seas tímido, ya somos marido y mujer.

Él sonrió tímidamente y respondió con pasión el beso de su esposa.

—Creo ser el hombre mas afortunado del mundo, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque en una sola persona tengo una amiga, una esposa, una excelente amante y, lo que es mejor aun, una médica para que me cuide cuando ya sea un viejito decrepito y enfermo...

—O un viejito amoroso y ardiente, a quien cuidaré complacida junto con los tres hijos que vamos a tener.

Instantáneamente acudieron a la memoria de Alberto las palabras de su padre. Sintió una opresión en el pecho y un gran vacío en el estómago.

Índice

Capítulo I	
El salto Evolutivo, azar o planeamiento divino	11
Capítulo II	
Creer o no creer	29
Capítulo III	
Don o enfermedad	43
Capítulo IV	
La fiebre	53
Capítulo V	
Homo Superior	63
Capítulo VI	
El oráculo del mundo moderno	71
Capítulo VII	
La piscina	79
Capítulo VIII	
Las runas	109
Capítulo IX	
El salto al infierno	125
Capítulo X	
El camino real	141
Capítulo XI	
Los elegidos	173

Capítulo XII Recuperación de Darío	179
Capítulo XIII Sufrir la adolescencia	181
Capítulo XIV El plan Punto Final y las FAIL	197
Capítulo XV Bluetu	205
Capítulo XVI El insomnio	229
Capítulo XVII Los dibujos	239
Capítulo XVIII El anillo vital	247
Capítulo XIX Comandante Estrella Negra	257
Capítulo XX El reencuentro	261
Capítulo XXI La primera batalla	265
Capítulo XXII La emboscada de los Huaoranis	291
Capítulo XXIII Bombas de pulso electromagnético	299
Capítulo XXIV El rey Mabus	315

Capítulo XXV La era del Homo Superior	329
Capítulo XXVI Una nueva Vida	351
Capitulo XXVII La recarga	363
Capítulo XXVIII El plan Fénix	367
Capítulo XXIX La resurrección	387
Capítulo XXX Fantasma del pasado	403